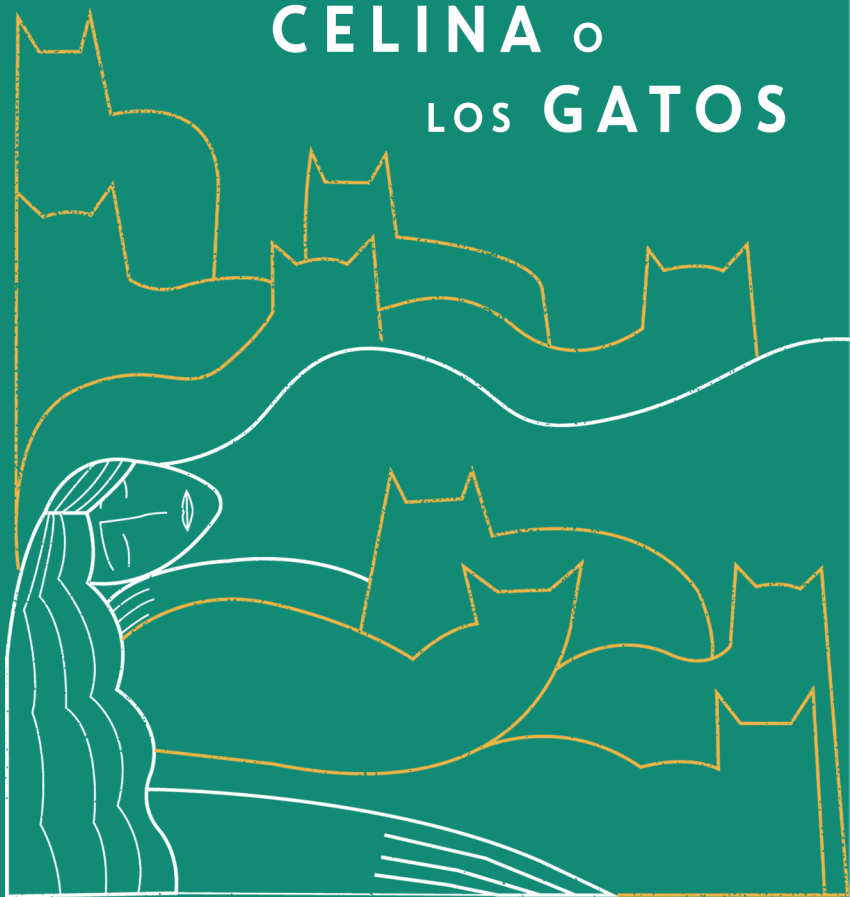


# CELINA O LOS GATOS



*Julieta Campos*



## NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual  
[www.lanovelacorta.com](http://www.lanovelacorta.com)



# CELINA O LOS GATOS

JULIETA CAMPOS

Claudia Albarrán  
Presentación

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN

Novelas en la Frontera



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

*La novela corta. Una biblioteca virtual*  
www.lanovelacorta.com

Julieta Campos, *Celina o los gatos*  
Primera edición digital: 29 de agosto de 2023  
D. R. © 2023 Universidad Nacional Autónoma de México  
Avenida Universidad 3000  
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,  
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas  
Circuito Mario de la Cueva, s. n.  
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,  
Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales  
Ex Sanatorio Rendón Peniche  
Calle 43 s. n., entre 44 y 46  
Col. Industrial, 97150  
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe  
Avenida Universidad 3000  
Torre II de Humanidades, piso 3  
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,  
Ciudad de México

ISBN: Obra Completa: 978-607-30-6956-4  
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,  
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la  
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.  
Hecho en México.

## ÍNDICE

|   |    |
|---|----|
| Presentación. <i>Celina o los gatos</i> :<br>La escritura como catarsis.<br><i>Claudia Albarrán</i> ..... | 7  |
| <i>Celina o los gatos</i> .....   | 23 |
| Noticia del texto .....   | 67 |
| Julieta Campos. Trazo biográfico .....  | 69 |

## PRESENTACIÓN

*Celina o los gatos: la escritura como catarsis*

Claudia Albarrán

Departamento Académico de Lenguas,

ITAM

### 1

Julieta Campos (La Habana, Cuba, 1932-Ciudad de México, 2007) perteneció a la llamada Generación del Medio Siglo (GMS), una etiqueta que Enrique Krauze usó por primera vez en *Caras de la historia* (1983) para englobar a las personas nacidas entre 1921 y 1935. En esta obra, el historiador intenta establecer los vasos comunicantes de quienes, durante los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, dieron un golpe de timón para proponer un nuevo rumbo en el ámbito cultural, intelectual y artístico de México.

Podemos dibujar el perfil de los integrantes de esta generación a partir de los siguientes aspectos comparti-

dos: adoptar una postura contraria a las tendencias nacionalistas predominantes en el país durante la década de los cuarenta; el cosmopolitismo, que la mayoría de sus miembros fomentó y enriqueció con su labor creativa para romper las barreras de los “regionalismos” culturales; el pluralismo, que implicaba la apertura de sus integrantes hacia otras propuestas; el apoyo a otros jóvenes de distintos rincones geográficos para conocer y difundir nuevas rutas creativas; su entusiasta participación en distintas instituciones gubernamentales, en revistas, editoriales y centros culturales, tanto nacionales como internacionales; su actitud crítica para frenar la inercia anquilosada en el hacer cultural del México del pasado; y la propuesta novedosa y rebelde que ejercieron para criticar, también, sus propias obras. En síntesis, los integrantes de esta GMS no sólo compartieron intereses y anhelos semejantes, sino una decidida vocación crítica y una fresca voluntad de hacer, de crear, de innovar, de romper con las tradiciones, al aportar proyectos originales en casi todos los rincones de nuestra esfera cultural.

La llegada de Julieta Campos a México en 1955 —tras su salida de Cuba, su país natal, donde obtuvo el doctorado en Filosofía y Letras, previa estancia de un año en París para estudiar literatura francesa— fue un parteaguas en su vida intelectual. La mayor parte de la biblio-

grafía sobre la autora menciona el papel determinante que su marido, el diplomático y gobernador de Tabasco, Enrique Gozález Pedrero, tuvo en la trayectoria de Julieta: aparentemente, sin su presencia ella no habría venido a México, y tampoco habría podido adquirir la nacionalidad mexicana si no se hubiera casado con él.

Sin embargo, no creo equivocarme al afirmar que la llegada de Julieta Campos a nuestro país, coincidente con ese contexto de cambios culturales en el México de los años cincuenta, le permitió adquirir solidez como escritora y establecer fuertes lazos de amistad con otros escritores e intelectuales venidos del extranjero, con quienes llegó a compartir proyectos, lecturas y aventuras literarias que hoy la hacen ser una digna integrante de esta generación.

## 2

La novela corta *Celina o los gatos* —publicada suelta por primera vez en 1967 y que, al año siguiente, la autora incluyó en un volumen homónimo junto a otros relatos— es una pieza clave no sólo para reconocer cuáles fueron algunos de los postulados afines a varios de los narradores de esta generación, sino para saber qué se proponía lograr en sus inicios como escritora. Y digo “inicios” porque los estudiosos de su obra aseguran que las caracte-

rísticas de esta narración pertenecen exclusivamente a una primera etapa de la escritora —que inició en 1965, con la publicación de *Muerte por agua*, y terminó en 1974, con la novela titulada *Tiene los cabellos rojizos y se llama sabina*, ganadora del Premio Xavier Villaurrutia—. De acuerdo con esa crítica, en escritos posteriores, Campos hizo propuestas radicalmente diferentes e incluso opuestas a las que experimentó durante la etapa de *Celina o los gatos*.

No es momento de extendernos sobre las otras etapas aludidas por los especialistas. No obstante, es importante saberlo porque, a diferencia de otros escritores que mantienen un estilo único y escriben sobre un solo tema de manera obstinada y obsesiva, la escritura de Julieta Campos mudó de piel constantemente, de propósitos y de preocupaciones a lo largo de toda su trayectoria.

Se ha dicho que *Celina o los gatos* tiene afinidades con la *nouveau roman* (“nueva novela” francesa), un movimiento vanguardista, que surgió en Francia durante los años cincuenta y cuyos principales exponentes fueron Alain Robbe-Grillet, Nathalie Sarraute, Marguerite Duras y Michel Butor, entre otros. Esta estética trató de romper con los cánones clásicos para experimentar con nuevos recursos técnicos que dinamitaran las formas tradicionales de reflejar la realidad, y trastocar los conceptos clásicos de personaje, narrador, tiempo lineal

o trama, por ejemplo, para poner énfasis en el lenguaje, es decir, en el *acto mismo* de *narrar*.

Desde luego, estos innovadores recursos narrativos —para un lector de novelas tradicionales pueden resultar incomprensibles, caprichosos o caóticos— exigen también una actitud radicalmente distinta del público, porque el lector debe asumir una posición activa y participativa a la hora de comprender y de interpretar lo leído. La escritora cubano-mexicana experimenta con varios de estos recursos que hacen de *Celina o los gatos* una obra abierta.

### 3

Julieta Campos logra su cometido desde el primer momento. Elige como narrador de su historia a un médico cirujano quien, tras trece años de matrimonio, rompe con su mujer y, una vez que descubre su muerte (¿suicidio?, ¿asesinato?), se da a la tarea de escribir para tratar de entender el porqué de lo sucedido. Conforme lo hace, sin embargo, su narración atraviesa por varios recuerdos, que el médico irá registrando sin seguir una estructura cronológica y lineal. Su discurso inicia con el presente, cuando la relación con Celina ya está acabada y él descubre que ella ha muerto. De este modo, transita por varios pasados, tanto de su profesión, como de los

conflictos con su esposa: un pasado, llamémoslo remotísimo, gracias al cual sabemos quién es él, cuándo y cómo la conoció; un pasado remoto, que avanza y retrocede a capricho del cirujano, en caóticos y abruptos saltos de memoria; y uno más cercano al presente, previo al deceso de su mujer.

Esta compulsiva manera de escribir del médico —en la que se conjuran tiempos, recuerdos, reflexiones, autoanálisis, burlas, dudas, confesiones y recriminaciones, combinadas con interrupciones abruptas y vacíos constantes de memoria— se traduce en un relato plagado de idas y venidas del hoy al antes, y del antes al después. Esencialmente, se trata de una introspección del narrador, quien, mediante la escritura, hurga en lo sentimental y en lo psicológico (tanto de Celina como de él mismo) para tratar de conocer la verdad:

Pero ¿qué me pasa? [se pregunta el cirujano]. ¿Por qué esta incapacidad para concentrarme, para no apartarme del hilo de los hechos? Los hechos parecen escapárseme de las manos, deshacerse. Los hechos se desmoronan y necesito apoyarme en los gestos, en una que otra palabra recordada, en la memoria de las cosas que me rodeaban, para apuntalar lo ocurrido, porque estoy a punto de pensar que no ha sucedido nada y que, si ahora me levantara de aquí, bajara las escaleras, me metiera en mi automóvil y manejara hasta

la casa de Celina, me la encontraría, como siempre a esta hora, dormida en su cuarto cerrado, vigilada por los gatos.

Es una “puesta en abismo”, posible gracias a la pluma espontánea del médico, y en la que predominan las dudas, los vacíos de información y la desconfianza del propio narrador sobre lo vivido y recordado, a lo que su mujer hizo y a lo que él mismo provocó durante su matrimonio para desencadenar ese desenlace tan fatal.

Hay, ciertamente, algunas pautas temporales, cuadros, momentos y datos que le permiten al lector seguir ciertas secuencias de la historia. En sus divagaciones escritas, el médico utiliza expresiones como “Hoy es el primer día en que no estamos casados”, “Ahora que lo veo desde aquí”, “Cuando la conocí”, “Desde anoche”, “Aquel día”, “Entonces me preguntaba”, lo que hace posible establecer una mínima línea temporal de los hechos, aunque mucha de esa reconstrucción sólo brinde una débil ilusión de continuidad a la historia.

Además, a lo largo de su discurso, el médico retomará una y otra vez un mismo recuerdo, un mismo instante del pasado, pero no para fijarlo y comprender su significado, sino para dinamitarlo aún más, cambiándolo, alterándolo, dándole nuevas interpretaciones, quitando o agregando detalles o palabras. Lo anterior muestra una confusión mental reflejada en sus palabras, al tiempo que

contagia al lector de su misma sensación de angustia e incertidumbre: “Poner en orden todo lo de entonces sería muy difícil. Debo conformarme con estos fragmentos”, escribe.

4

La manera como Julieta Campos concibió esta novela —al poner como eje de la trama la imposibilidad de la escritura para conocer la realidad— refuerza las propuestas de la “nueva novela” al postular que ninguna obra narrativa es capaz de ofrecer una versión fiel y única de la realidad, porque el sujeto que desea atraparla siempre tiene lagunas, vacíos, olvidos, actos de memoria truncados y trastocados, un punto de vista diferente e incluso opuesto sobre un mismo hecho. De este modo, la escritura se invalida como herramienta de conocimiento de la verdad.

Adelgazada la trama a unos cuantos recuerdos —oscilantes entre “el ser y el parecer”, entre evidencias y falsedades—, queda, entonces, el angustioso relato de una búsqueda infructuosa (la del médico) que, como podemos intuir a lo largo de su perorata, tiene al menos tres objetivos: 1) conocer cómo y por qué fue dándose el rompimiento con Celina; 2) saber cuál fue su nivel de participación y de culpa, tanto en el fin de su relación

amorosa como en la muerte de su mujer; 3) confesar lo que hizo de manera más o menos consciente, tras conocer el trágico desenlace de su esposa: “Supe entonces que Celina se iba a suicidar. Supe que lo sabía ya, de una manera latente, desde antes. Entendía por qué le estaba mandando los anónimos. Era mi pequeña contribución. Era mi manera, cándida y despiadada, de intervenir desde lejos”.

Estos tres propósitos, no declarados abiertamente en el discurso del médico, hacen que su escritura sea, también, un género híbrido, difícilmente clasificable: si, por momentos, el texto del cirujano toma tintes confesionales porque se erige como responsable de la historia, en otros pasajes su discurso se torna policial, en la medida en que reconstruye los hechos para saber quién o quiénes fueron los culpables del desenlace. Pero esto no es todo, porque su escritura aparentemente espontánea se propone, asimismo, como una herramienta terapéutica, que le servirá de catarsis para exorcizar sus demonios, sus miedos, sus dudas, y definir su culpa.

5

No está de más decir que, como la narración está centrada exclusivamente en la versión del médico, el lector no tiene a la mano elementos más objetivos para optar



por otra interpretación de lo acontecido; sólo cuenta con los que el médico le proporciona en su relato, permeado de elucubraciones y limitado a su único punto de vista o a su propio juicio de valor.

Así, al ser una obra abierta, el lector no dispone sino de una versión ambigua, debido a la cual no le es posible saber con claridad si fue Celina quien motivó la separación y el rompimiento de la pareja, y si su muerte fue planeada por ella o provocada por el marido; tampoco sabremos de manera clara si se trató de un suicidio, qué papel tuvieron los gatos en su deceso o si el cirujano (con su distanciamiento voluntario, con su actitud desidiosa o con los anónimos que le envió a su mujer para celarla, por ejemplo) fue el verdadero culpable del trágico desenlace. *Celina o los gatos* se presta, pues, a variadas interpretaciones. Será el lector quien, tras concluir la novela, deba tomar un rol activo y reconstruir lo narrado para darle una justificación, un significado y un desenlace a la historia, de acuerdo con sus pesquisas.

Cabe añadir que la ambigüedad de sentido de esta novela —su carácter plural y abierto— se ve reforzada por otros elementos también cambiantes: la forma fragmentaria e imprecisa con la que el médico intenta describir cómo es su mujer. Por ejemplo, cuando habla del color de sus ojos, escribe: “Era un color indeciso que cambiaba mucho con la luz. Pero sería incapaz de describirlos con

seguridad como verdes o castaños”; o cuando intenta describir cómo eran sus manos: “pero decir todo esto no tiene nada que ver con lo esencial de las manos de Celina”.

Las anotaciones del médico sobre los cambios en el color de la vestimenta de Celina a lo largo de los trece años del matrimonio, hasta la muerte de ella, también varían en el transcurso de la narración y de cierta manera se asocian a su estado emocional: si al inicio de la relación el narrador dice que se viste con tonalidades claras (como el lila y el palo de rosa), al final, cuando la relación terminó y Celina se encuentra recluida en un cuarto, rodeada de gatos, el médico menciona que ahora usa colores oscuros, coloca cortinas verdes y adquiere muebles negros, lo que contribuye a señalar su abandono y subraya el contraste entre el antes y después: “las gruesas cortinas verdes estaban casi cerradas sobre los visillos y la luz del sol, por muy fuerte que estuviera, se convertía en una penumbra verde, que se iba haciendo casi sombría a medida que pasaba el día y caía la tarde”.

Lo mismo sucede con las descripciones del clima, cambiante a lo largo de toda la historia, cada vez más hostil a medida que la relación de pareja se va deteriorando, así como con los espacios donde habita y con la vida social que la pareja solía tener antes de la crisis: se reducen, se adelgazan y se estrechan hasta el encierro y el confinamiento.

Para terminar este breve comentario, sirva un fragmento del prólogo que la propia Julieta Campos escribió para la serie de relatos incluidos en la edición de *Celina o los gatos* de 1968, como una suerte de invitación para despertar en el lector el interés por esta novela: “los personajes se desdibujan hasta que sólo queda la atmósfera que los ha alojado, vacía de voces y de gestos: la ciudad, una y múltiple, eco y nostalgia, distante ironía que rechaza a quienes la habitan”.

CELINA O LOS GATOS

A Enrique

No es por azar que decidí dar a este libro, como título, el de uno de los textos que aquí se recogen, *Celina o los gatos*.<sup>1</sup> He querido colocar así a los demás bajo la advocación de esas ambiguas criaturas, siempre cercanas a lo secreto y por ende a la poesía. Creo que todos comparten, en alguna medida, la turbadora e imprecisa naturaleza de los gatos: hay en cada uno la persistencia de un mundo que no se resigna a perecer, aunque algo, por dentro, lo corroe y lo desintegra sutilmente. El orden de los textos responde a esa forma cada vez más evanescente que, sin embargo, no llega a desaparecer del todo. Los personajes se desdibujan hasta que sólo queda la atmósfera que los ha alojado, vacía de voces y de gestos: la ciudad, una y múltiple, eco y nostalgia, distante ironía que rechaza a quienes la habitan.

Me parece que ya no es posible concebir a un autor que no sea también, en alguna medida, su propio crítico. Espero que esto justifique las palabras anteriores, y el afán erudito de nuestra época, que pretende sustentar a veces en viejas razones sus más profundos vacíos, explicará quizá las que siguen.

<sup>1</sup> La autora se refiere al volumen de 1968 en el que apareció esta novela corta. Véase la "Noticia del texto" de la presente edición.

Celina y yo estuvimos casados trece años. No es que yo crea en supersticiones. Sé que el número trece es un número como cualquier otro. Hasta tiene algún atractivo peculiar. Pero el hecho es que nuestro matrimonio duró trece años y eso basta para que no pueda evitar darle a esa cifra algún sentido cabalístico o verla, cuando pienso en ella, en la cifra o en Celina, rodeada de algo sombrío y hasta podría decir misterioso o alucinante.

Y, sin embargo, no se trata de nada concreto. O habría que explicar más bien cómo al empezar ese año trece de nuestra unión (digo *ese* porque hoy precisamente ya ha pasado, porque hoy es el día después de ayer, que fue el último de nuestros trece años de casados, hoy es el primer día en que no estamos casados, en que yo vuelvo a estar solo), todo lo que había pasado en los doce años anteriores empezó a encontrar un lugar en un conjunto distinto, que sólo entonces se perfiló, un todo que tomó para mí el aspecto acabado e indudable de algo que ya era, que había madurado, que culminaría en un lapso que no podría pasar de ese año y que luego desaparecería del todo.

Ahora que lo veo desde aquí, desde este día en que me he puesto a escribir lo que ha pasado, porque no puedo

hacer otra cosa, me parece que todo estuvo muy claro desde un principio, desde el principio de ese año y que, desde el momento a que me refiero y que no podría determinar con mayor exactitud, supe con toda precisión y seguridad lo que habría de ocurrir, y cuándo habría de ocurrir.

No sé por dónde empezar. Tampoco sé si hubo culpa. ¿De ella? ¿Mía? Lo curioso es que, al mismo tiempo que empecé a tener una noción mucho más clara de las cosas que podían ocurrir y que ocurrían, comencé a perder toda noción del bien y del mal y, sobre todo, de mi responsabilidad en el curso de los acontecimientos o de esa extraña sensación de peso y extrañeza que primero se fue cuajando poco a poco y después llegué a dejar de percibir. Yo y Celina y los gatos empezamos a ser como fichas de un juego manejado infaliblemente por un jugador diabólico que, estoy casi seguro, podría ser el mismo Demonio. Vuelvo a releer lo que he escrito y me parece bastante insólito. Quiero decir que no es algo que yo, normalmente, hubiera pensado. Porque debo confesar que no he creído en Dios desde hace mucho tiempo y, tampoco, hasta ahora (¿desde cuándo ahora?) en el Diablo. Y debo decir también que siempre he sido un hombre práctico y eso que suele llamarse un hombre de éxito.

Soy médico. Soy, para ser más preciso, un médico famoso, un cirujano muy conocido y muy competente.

Hasta ayer por lo menos. Y si no fuera porque ahora han dejado de importarme muchas cosas, me halagaría seguramente imaginar que lo que ha ocurrido podría llegar a rodearme de cierto prestigio espectacular o, para decirlo más claramente, podría añadirme la seducción que tienen, con las mujeres por supuesto, los personajes que no es fácil definir y que forman parte de ciertas oscuras situaciones ambiguas.

Cuando me casé con Celina yo había hecho una pequeña fortuna. Mi padre fue abogado modesto y no me dejó ni mucho dinero ni demasiadas relaciones. Pero yo siempre tuve un talento innato para despertar confianza en los demás y una simpatía que es sumamente favorable en una profesión como la mía. Además, tengo una intuición rara para el diagnóstico y manos de una sutileza y una finura que me envidian casi todos mis colegas. Tengo verdaderas manos de cirujano. Me gustaba pensar que había nacido predispuesto para dedicar mi vida a salvar vidas ajenas. Puedo jurar que nunca pensé en otra cosa ni me sedujo jamás la idea de lastimar a nadie, ni de hacer daño alguno, ni he sido infiel al juramento que guardo en mi consultorio y que no he dejado de leer ni un solo día de mi vida profesional. No digo esto para justificarme, sino porque es la verdad y porque no puedo dejar de apreciar el contraste inexplicable de todos estos rasgos de mi personalidad con esa parte de mí mismo que nunca

había conocido, que empezó a manifestarse después de varios años de casado, y que sólo puedo explicarme a través de Celina, en la medida en que empezamos a ser tan parecidos el uno al otro.

A Celina la conocí en una fiesta. Entonces yo empezaba mi carrera y, a pesar de que trabajaba mucho, en el hospital y en el consultorio, y visitando enfermos, siempre buscaba el tiempo para asistir a esas reuniones sociales porque me parecían muy útiles para extender mi clientela. La familia de mi madre me facilitaba ciertos contactos convenientes y el acceso a círculos elegantes. Ese ambiente había ejercido siempre sobre mí, además, una curiosa seducción. Las primeras invitaciones me abrieron muchas puertas y pronto fui uno de los infalibles. Poco a poco, a medida que se extendía mi fama de buen internista y mejor cirujano, penetré en círculos más exclusivos y menos numerosos, pero ya entonces podía darme ese lujo, porque mi clientela estaba hecha. No estoy seguro, pero me parece que había cierta voluptuosidad entre los motivos de quienes me convertían en asiduo de sus reuniones. Una voluptuosidad que consistía en hacerme partícipe de esos derroches de despreocupación y frivolidad, a mí que les había operado un pequeño tumor en algún órgano delicado o que conocía mejor que nadie una incipiente debilidad pulmonar o los síntomas más o menos avanzados de una de esas en-

fermedades transitorias que no se suelen confesar. Pero debo reconocer que entonces estaba muy lejos de percibirlo y me dejaba contagiar de la manera más ingenua y entusiasta por la alegría de la música ruidosa y vértigo del baile, que se iniciaba más o menos a la mitad de la fiesta, o aun más tarde, de modo que muchas veces tenía que interrumpirlo por la llamada inoportuna de algún enfermo aprensivo.

Desde donde estoy, en este departamento de un sexto piso con vista al mar (porque hace esquina, el mar está apenas a dos cuerdas y no hay, entre mi edificio y el mar, ninguna otra construcción elevada) y a la avenida, que tanto me gusta, con doble fila de palmeras en el centro, todo lo que estoy contando me parece muy lejano y bastante ajeno, como si hablara con alguien de cosas sucedidas a un conocido mutuo. En realidad todo le pasó a alguien que ya no soy yo aunque, para quienes me conocieron entonces, sigo siendo el mismo de antes, el de siempre, el muchacho cándido y un poco arribista, convertido en médico sólido de quien podían depender, en quien era posible confiar y ahora, cuando se corra la noticia, pensarán en mí con compasión, con simpatía, como si yo no tuviera nada que ver en lo sucedido, como si fuera, en una palabra, la verdadera víctima. Hay una parte de las cosas que les daría la razón. Pero también

hay otra parte. Porque ¿cómo negar que en un momento dado dejé de ser víctima para convertirme en cómplice y por ello, de una extraña manera, en victimario?

No sé por qué me resulta imposible contar lo que debo, sin caer continuamente en estas disquisiciones. Quizá porque es la primera vez que soy capaz de verlo todo desde afuera, porque, después de todo, lo que sucedió ayer me ha liberado de algo y necesito encontrarle un orden a todo este desorden, poner palabras, muchas palabras entre lo que pueda ser yo hoy, ahora, y la incoherencia.

Aquí vivo desde hace tiempo. Hace tres años. O quizá cuatro. Vivo aquí desde que me separé de Celina. Entonces ocupé definitivamente este lugar que me había servido de estudio, para aislarme un poco cuando Celina tenía la casa siempre llena de gente, cada vez más desconocida, y yo empecé a preferir la soledad, y que me sirvió después para poner más de la mitad de la ciudad entre su cuarto, adormecido siempre en la extraña luz verdosa que hacían las cortinas, con el sol, cuando ella dormía, y el sitio, cualquier sitio, donde yo estuviera.

Podría jurar que no fui yo quien busqué la separación. Yo, es la verdad, quise a Celina. Cuando la conocí, ella era muy joven. No tenía, probablemente, más de dieciséis años.

Nunca supe de qué color tenía los ojos. ¿Por qué he pensado ahora en el color de los ojos de Celina? Era un

color indeciso que cambiaba mucho con la luz. Pero sería incapaz de describirlos con seguridad como verdes o castaños. Indudablemente tenían un pigmento amarillo, que se mezclaba con otros dos o tres colores dentro de esa gama, de modo que prevalecía un brillo semejante al de algunos cuerpos que sólo reflejan la luz, pero parecen despedir luz propia. No siempre, por supuesto. Pero después me di cuenta de que ella sabía colocarse de tal manera que la luz ambiente favoreciera esa sensación. Nunca pude comprobarlo, pero sé que lo había estudiado muchas horas, con un espejo delante, y por esa curiosidad malsana que tenía hacia sí misma, curiosidad que la hacía deleitarse indefinidamente, observando la contextura de un pequeño fragmento de su piel, los vellos menudísimos que le nacían en los dedos, las rayas, como arrugas, que se entrecruzaban en el dorso de la mano, las uñas, las manos.

Celina tenía predilección por sus manos. Yo le decía con frecuencia, con una cursilería que seguramente la hacía sonreír por dentro (siempre tuve la impresión de que a veces se reía así, para ella misma, sin que nada la traicionara, salvo un brillo un poco distinto en los ojos), le decía yo que si hubiera sido pintor le habría hecho un retrato donde se destacaran, con una luz casi violenta, sus dos manos entrelazadas. Porque yo también adoraba las manos de Celina y creo que era imposible



estar a su lado sin fijarse enseguida en ellas. Celina no se pintaba nunca las uñas, pero se las cuidaba con una devoción casi maniática, para lo cual tenía un *polissoir* y un arsenal muy completo de tijeritas y de pinzas. Yo le decía, también en broma, que parecían, en diminuto, los instrumentos de un cirujano. Con un lápiz blanco, acentuaba por dentro el color de la parte exterior de la uña y, después que había terminado la larga operación cotidiana, se aplicaba un brillo transparente que resaltaba el tono natural. Podría decir que tenía las manos largas, los dedos prolongados en un óvalo suave y perfecto, o que esas manos tenían algo aristocrático y distante, como si no hubieran sido hechas para ser tocadas ni para acariciar, sino para saludar desde lejos a las multitudes, desde balcones inaccesibles o automóviles abiertos e inabordable, pero decir todo esto no tiene nada que ver con lo esencial de las manos de Celina.

Me pregunto por qué, en la situación en que me encuentro, se me ha ocurrido por primera vez en mi vida tratar de ponerles a las cosas este límite de las palabras y pienso que, al escribirlas, las cosas que han sucedido empiezan a significar algo por primera vez. Hace un momento evoqué, en relación con esto, dos palabras: desorden, incoherencia. Ahora podría añadir otra: desintegración. Algo que era muy claro, muy luminoso, se

ha dispersado. Siento un impulso incontrolable que me obliga a cercar esa dispersión, a fijarla y quiero engañarme y pensar que es para siempre.

Desde anoche no he sentido necesidad de dormir. Cuando volví aquí me senté en un sillón frente a la ventana. He fumado una cajetilla y media de cigarros. Y en un momento dado, hace aproximadamente tres cuartos de hora (hace como hora y media que empezó a amanecer) dejé el sillón y vine a sentarme en el escritorio, tomé la pluma y varios pliegos que siempre han estado aquí, porque no es aquí donde doy mi consulta y jamás los había necesitado para nada, y empecé a escribir como si tuviera que agotar de repente una lucidez acumulada durante largo tiempo.

Lo curioso es que no he sentido ningún horror. No he sentido tampoco ningún remordimiento. Lo que ha pasado no es sino la culminación natural de un proceso que llevaba ese fin en sí mismo y que nada ni nadie habría podido modificar.

Aquel día que la vi por primera vez, Celina estaba vestida de lila. Después supe que ése era su color favorito y que casi todo lo que usaba tenía algún detalle de ese color, con diversos matices e intensidades, del palo de rosa al morado. En el primer año de nuestro matrimonio la hice pintar con ese vestido y ése es el retrato que me traje aquí, a mi estudio, cuando me instalé definitivamente.

Ahora le doy la espalda, mientras escribo, pero no necesito mirarlo porque lo conozco muy bien, casi diría que milímetro a milímetro, de memoria. El pintor, uno de esos artistas académicos que se ponen de moda entre la gente de sociedad, no hizo lo que yo hubiera hecho, no le destacó las manos, pero logró, sorprendentemente, darle al retrato una luz que tiene algo singular y que yo percibí desde que lo vi por primera vez. Esa luz del retrato irradiaba de los ojos de Celina y lo atrae a uno hacia un más adentro, un más allá del cuadro, una interioridad que no es perturbadora sino fresca, tenue y apacible. Celina era así entonces. ¿Lo era? Sí. Celina fue así mientras vivimos en nuestro primer departamento, a dos cuadras de aquí. ¡Qué raro! Hasta ahora no me había dado cuenta. Cuando no veíamos a casi nadie, ella me esperaba por las noches, siempre despierta, y nos amábamos de una manera elemental y apasionada.

Siempre tuve la obsesión de hacerla retratar. Cada año era un pintor distinto, un vestido distinto, un escenario distinto. Pero resultaba inútil. Celina se fue ausentando progresivamente de sus retratos y, en los dos últimos, lo que yo llamaría el alma de Celina había desaparecido completamente. Eso fue en el sexto año de nuestro matrimonio. Era igual que si Celina se hubiera muerto.

Entonces me preguntaba yo continuamente cómo había pasado. Fue un proceso lento pero infalible. Al prin-

cipio Celina era alegre, con una alegría que no conocía su propia negación, que era completa en sí misma y no necesitaba del presentimiento de su posible falta para ser. Nunca he visto a nadie ser alegre de la manera en que lo era Celina. Celina ha sido todo lo que ha sido de esa misma manera. Con una intensidad agotadora, exhaustiva, implacable. En este momento me dan ganas de abrazarla. Cada vez, ser como era en ese instante, que podía durar meses o años, o apenas unas semanas, era su único fin, al que se adhería profundamente, desde algo arraigado como una roca dentro de ella, algo duro y perfecto. Duro y perfecto. Quizás eso es lo que era Celina; algo duro y perfecto. ¿Y cómo algo así puede desvanecerse?

Una noche volvíamos de una reunión. Celina me había dado la impresión, toda la noche, de estar radiante, en una euforia que no me sorprendía, porque era su estado de ánimo de entonces y yo pensaba que esa felicidad desbordada iba a durar siempre. Cuando entramos en el departamento yo tarareaba una canción. Dejé las llaves sobre el aparador, me quité el saco y entré al baño, despreocupado, como si estuviera solo, tan seguro estaba de esa armonía incommovible que había entre nosotros. Cuando volví a la sala, quitándome probablemente la corbata (sé que estos detalles no importan; que, además, es imposible recordarlos después de todo el tiempo que ha pasado, pero no sé por qué siento que

es necesario restablecer algo, colocando los incidentes más pequeños o más nimios en su lugar debido, con el menor margen posible de equívocación), bueno, repito, cuando volví a entrar en la sala, deshaciéndome el nudo de la corbata, me senté frente a Celina estirando perezosamente las piernas.

—¿Por qué me dejaste sola? Tuve miedo.

—¿Miedo? ¿A qué?

—No sé. No sé muy bien. De pronto sentí que iba a pasarme algo. ¿Cómo pudiste dejarme sola?

Me miró extrañada, como si esa extrañeza fuera mucho más definida que el miedo que decía haber sentido apenas hacía un instante.

—Tuve miedo de morirme.

Traté de tomarlo a broma. ¿Morirse? ¿A su edad? (Celina seguía siendo para mí casi una niña). ¿Cómo podía ocurrírsele semejante cosa? ¿No quería que tomáramos una copa? ¿La última? Después nos iríamos a acostar y, le di a entender, yo le haría el amor y se le pasaría el miedo.

Celina sonrió apenas. “Los hombres —me dijo con reticencia— creen que con eso lo resuelven todo”. Por primera vez, frente a Celina, me sentí perdido. Después, sentirme perdido empezó a ser una situación natural. Celina me miraba. Y es curioso cómo uno descubre inesperadamente las cosas más obvias: comprendí que

yo estaba sentado en un sillón fumando un cigarrillo. Porque, mientras tanto, por disfrazar mi incomodidad, había tomado un cigarrillo de la cajita de plata que una paciente me había regalado, que me gustaba mucho y que estaba, por eso, al lado de mi sillón favorito; que está ahora aquí, al lado del mismo sillón, y me da la rara tentación de ir a sentarme precisamente en ese lugar y ponerme a fumar. Pero ¿qué me pasa? ¿Por qué esta incapacidad para concentrarme, para no apartarme del hilo de los hechos? Los hechos parecen escapárseme de las manos, deshacerse. Los hechos se desmoronan y necesito apoyarme en los gestos, en una que otra palabra recordada, en la memoria de las cosas que me rodeaban, para apuntalar lo ocurrido, porque estoy a punto de pensar que no ha sucedido nada y que, si ahora me levantara de aquí, bajara las escaleras, me metiera en mi automóvil y manejara hasta la casa de Celina, me la encontraría, como siempre a esta hora, dormida en su cuarto cerrado, vigilada por los gatos.

Vuelvo a aquel instante. Me di cuenta de que yo, que estaba sentado en un sillón fumando, era una persona, me llamaba Carlos Manuel y tenía un apellido, y que esa persona que era yo estaba completamente separada de esa otra persona que era Celina.

Y sentí un alivio. Lo peor fue que sentí un alivio. Y comprendí, con una lucidez que sólo se tiene por casua-

lidad, como si lo visitara a uno el espíritu (yo mismo me sorprendo de estas expresiones, pero no puedo evitarlas), que Celina había sentido precisamente lo mismo y, para ella, esa sensación no había sido un alivio sino el miedo que la había hecho creerse, de repente, en peligro de muerte.

—¿Por qué no me quieres como yo quisiera? ¿Por qué te resistes? Yo lo necesito mucho. ¡Tengo tan poco tiempo! Si me dejaras...

Desde esa noche empezó el duelo. Celina me necesitaba. Pero me necesitaba como parte de ella. Tenía que incorporarme como si yo fuera una de sus manos, o uno de sus pulmones. Me necesitaba para respirar, para vivir. Celina necesitaba un intermediario. Alguien que le permitiera relacionarse con el mundo, sin exponerse demasiado. Al principio yo me dejé envolver. Era un juego fascinante. Y además me halagaba. No puedo negarlo; me complacía dejarla hacer y prestarme a ella, permitirle que utilizara todo lo que yo hacía para compensar su inactividad, dejarle que manejara mis horas y mis ocupaciones como si fueran suyas. Esto llegó a ser tan indispensable para mí como para ella, y cuando yo iba en mi automóvil a ver a mis enfermos, o entraba en la sala de operaciones, me parecía que Celina me acompañaba, que no me había separado de ella, como si se hubiera asimilado tanto a mi idiosincrasia que ya formara parte,

realmente, de mí mismo. Porque Celina no me obligaba a dedicarle excesivamente mi tiempo, quitándoselo a mi trabajo, sino que se las arreglaba para ser en todo momento parte de ese tiempo. Participaba tanto de mis casos, de la historia de mis pacientes, que conocía tan bien como yo, estaba tan enterada del empleo de mi tiempo que compartía, de la manera más literal, lo que era mi vida fuera de la casa.

Fue una especie de intoxicación. Llegó el momento en que yo no podía pasarme sin eso. No era ella, sino yo quien la llamaba por teléfono a cada rato, para cerciorarme de que estaba en la casa, esperándome. Prefería que no saliera, que no se dedicara a nada, que no se interesara sino en mí, que no leyera siquiera los periódicos.

Yo disfrutaba secretamente el ocio de Celina. Entonces ella empezó a manejar su fantasía. Quiso intervenir más directamente, obligarme a ver menos a algún paciente que le desagradaba, hacerme faltar a determinadas citas o renunciar a un caso que prometía ser interesante. Todo eso lo hacía inocentemente, pero con la misma decisión que ponía en todo aquello donde concentraba su voluntad. Porque ésa era la fuerza de Celina: la pasión con que era capaz de defender su debilidad. Ésa era la dureza de Celina. Y su perfección. Y cuando aparentemente esa intensidad, esa dureza y esa perfección se desvanecieron, fue al contrario, para dirigirse

despiadadamente hacia ella misma, que fue en lo sucesivo su única meta.

Poner en orden todo lo de entonces sería muy difícil. Debo conformarme con estos fragmentos. Las cosas tenían algo de vértigo y, a la vez, el tiempo parecía totalmente disponible, infinitamente abierto a nuestro capricho.

A mí me gustaba mucho nuestro departamento de aquella época. Era sencillo, con pocos muebles, pero todo de buen gusto. En cada rincón había lo indispensable, una cómoda con una lámpara o un sillón ancho y confortable. No sobraba nada. Era un departamento lujoso, con piso de mármol y grandes ventanas que daban al mar, pero todo era sobrio y parecía cumplir una función. Las cortinas eran claras y transparentes, para dejar pasar la luz y despertarme temprano.

¡Qué distinto aquel lugar de la casa que compramos después! O, mejor dicho, que compró Celina, con su propio dinero, como si desde ahí quisiera excluirme.

Porque entonces, cuando nos mudamos a la casa, ya Celina había empezado a alejarse de mí. Es verdad que yo me interesaba cada vez más en mi carrera y me pesaba esa especie de doble mío, o sombra, que era Celina. Pero yo dejaba que las cosas siguieran su curso; nunca las hubiera forzado. Yo nunca le dije nada. Simplemente, quizás, era algo en mi manera de hablarle, algo dema-

siado cuidadoso, que pretendía encubrir un deseo más profundo de mantenerme alejado, al margen, a salvo. La gente suele decir, es casi un lugar común, que las parejas acaban por parecerse físicamente después de muchos años de casados. A mí antes me daba risa. No lo creía. Era una de tantas tonterías que todo el mundo repite por inercia y a la vez por complacencia, sabiendo que no tiene sentido. Y de repente personas que no nos conocían nos preguntaban si éramos hermanos o, si nos acababan de presentar, nos decían con un aire malicioso y divertido que cómo era posible, que cómo éramos marido y mujer, que debíamos querernos mucho y otras cosas por el estilo. No eran los detalles, no eran los rasgos. Era una asimilación de los gestos del uno por el otro. Y lo curioso es que era yo quien reproducía (sin intención, por supuesto) el tono, la sonrisa, las palabras de Celina. Para mí, cuando me di cuenta, fue comprobar un reblandecimiento de mi personalidad o, para decirlo tal como entonces lo vi, un afeminamiento. Me miraba en el espejo tratando de espiar un brillo de los ojos semejante al brillo que tenían los ojos de Celina, de sorprender, en mi manera de mantener los labios cerrados, el esguince que hacían las comisuras de los labios de Celina, un poco dirigidos naturalmente hacia arriba, sin necesidad de la ayuda del lápiz labial. Y me reía, me reía yo solo frente al espejo; o abría los ojos con asombro, o simulaba disgusto, todo

ello como suponía que lo hacía Celina, para ver hasta qué punto, hasta dónde nos estábamos pareciendo. Esto ahora me parece ridículo. Entonces era una obsesión que no me dejaba en paz. Tenía que evitarla, que verla menos, que hacerla ir sola a los lugares donde antes yo nunca faltaba, y tenía que hacerlo sin que ella se diera cuenta, sin despertar ninguna suspicacia. (Debo decir que en todo siguió habiendo una inocencia elemental, por parte de Celina, una candidez ingenua que no era fingida, sino que era parte de ella misma, un desconocimiento de todo lo que pudiera haber de turbio o hasta de terrible en su conducta, como pasa con algunos niños crueles).

Entonces llegaba yo furtivamente a la casa, cuando suponía que ella no estaba, hacía lo imposible por comer afuera y me llenaba de compromisos más o menos profesionales al acabar mi consulta, para llegar después de medianoche, temiendo y deseando a la vez encontrarme con sus reproches y su ira. Pero inútilmente, porque Celina no me reprochaba nada, no me preguntaba nada, hacía como si nada le importara, como si yo mismo le preocupara cada vez menos.

Desde hace un rato está lloviendo. No me había dado cuenta. Acabo de asomarme a la ventana. Llueve bastante fuerte y es realmente extraño que hasta ahora no hubiera oído la lluvia. El cielo está muy bajo, de un gris

oscuro que parece azul. Truena. Debe ser la primera vez, porque no hubiera podido dejar de oír un ruido tan fuerte. Desde que empezó a ponerse oscuro encendí la luz, sin pensar que siempre, cuando se pone así de oscuro, es porque va a llover. Luego de repente se apagó. Por eso me asomé a la ventana. Acabo de ver el reloj y son las tres de la tarde. Las tres de la tarde. ¡Cuántas horas han pasado! No he comido nada. No tengo hambre. Ya casi no me quedan cigarrillos.

Ha vuelto la luz. Si no, con esta tarde tan cerrada, no podría escribir, no vería lo que estoy escribiendo. Hay veces que la luz tarda tanto tiempo sin... Una vez me pasó, operando; y en el hospital no había planta. Fue un mal rato. Me parece estar viendo a Celina aquella tarde.

La verdad es que me hice muchas ilusiones. Llevábamos un mes en la casa nueva. Ella quiso dar una gran fiesta para inaugurarla. Invitó a muchísima gente. Hasta hizo venir a una orquesta. Yo no participé para nada en los preparativos. No la había visto en todo el día. Cuando llegué, a las siete, estaba todavía claro. Era uno de esos días de verano muy largos. A las seis o siete sale la luna en un cielo pálido y a las ocho el cielo no ha cambiado todavía de color. Hacía mucha brisa. Parecía una tarde dispuesta a propósito para hacer una fiesta. Me acuerdo que en el momento de abrir la puerta pensé

qué sucedería si me había equivocado, si no fuera ese día, si al entrar no hubiera flores, ni ruidos de vajilla, ni conversaciones un poco escandalosas en la cocina. Yo abriría la puerta y Celina estaría bajando la escalera, vestida de lila, con el cabello partido al lado derecho, cayendo en una onda muy pronunciada sobre la mejilla izquierda. La volvería a ver como la primera vez. Nada habría cambiado. Ella me besaría y hablaría poco. Me llevaría de la mano por toda la casa, me enseñaría la mesa, me haría entrar en la cocina, me obligaría a subir de prisa a cambiarme. Me diría: “¡Qué bueno que llegaste a tiempo! Ya no vas a llegar tarde nunca, ¿verdad?”.

Las luces ya estaban encendidas cuando entré, aunque afuera no hubiera oscurecido. Creo que no me había fijado hasta entonces en que la casa era suntuosa. En ese momento me sentí complacido. Casi como si yo la hubiera escogido y la hubiera comprado, para regalársela a Celina envuelta en celofán.

Celina salía de su cuarto cuando yo empecé a subir las escalas. No estaba vestida de lila, sino de ese color crudo que tiene la seda china. Creo que de eso era su vestido. No llevaba ni siquiera un collar de perlas. El pelo sí, tal como me lo había imaginado. Nunca la había visto tan deslumbrante. Cuando se cruzó conmigo en la escalera me dijo:

—¡Qué sorpresa! ¿No tenías consulta hoy?

Bajaba tan de prisa que no me dio tiempo de contestarle. Yo, en cambio, empecé entonces a subir muy despacio los escalones, deseando que la escalera no se acabara nunca. Había dejado todo impregnado de su perfume. Nunca he sentido ese perfume en ninguna otra mujer. Ayer, cuando entré en su cuarto, volví a reconocerlo después de tanto tiempo. Una vez, en una revista de modas que me encontré en alguna parte, vi el nombre del perfume de Celina con unas palabras que leí varias veces para no olvidarlas:

El Chipre, perfume femenino por excelencia, se extrae del musgo de encina, una especie de líquen.

Pero no era el perfume, no era eso. Era que necesitaba darme tiempo para recordar de otra manera las palabras de Celina, para darles un tono menos agresivamente indiferente, para asimilarlas casi a las palabras que yo había imaginado. Cuando acabé de vestirme lo había logrado prácticamente. No me conformaba a que me estropeará la noche. Bajé y saludé a los primeros invitados. Me sentía desenvuelto y capaz de dejarme estimular, sin ningún límite, por el alcohol, la conversación y las mujeres.

Caminé al azar, siempre con una copa en la mano, sin fijarme en ninguna parte, hablando con algunos amigos, diciendo cosas amables a las señoras, pero sin deseo

de quedarme mucho tiempo en un solo lugar. Salí a la terraza. Ya era de noche. Por el parque de enfrente paseaban algunas parejas y el aire era muy agradable. Un barco iba entrando a la bahía. No podía distinguir a la gente apoyada en cubierta, porque estaba profusamente iluminado y las luces borrraban con su resplandor todo lo demás. La imagen de ese barco llena de luces era frecuente a esa hora, pero aquel día, entre las copas, el rumor de la gente y la sensación de irresponsabilidad que me daba la fiesta, me sugirió algo más que otras veces, lo que me insinuaban los barcos de niño, un deseo de irme a cualquier parte —no sé por qué pensaba siempre en la Columbia Británica—, de ser un pasajero eterno en uno de esos barcos todos blancos y luminosos. Una muchacha me sacó a bailar. Después de eso no paré en toda la noche. Fue un torbellino. No recuerdo con quiénes estuve, pero sé que bailé hasta el final y ni una sola vez con Celina. Tampoco la busqué. La veía de lejos, bailando con otros, y me complacía acariciar la idea de que, aunque todos la desearan, yo era el único que podría hacerle el amor después de la fiesta, cuando la casa estuviera vacía.

Creo que la gente empezó a irse a las dos de la madrugada. Al final quedaban unos cuantos íntimos. Yo subí a mi cuarto y no volví a bajar, con lo cual acabaron por despedirse como a la media hora, a pesar de la insistencia

de Celina, que pretendía retenerlos. Me puse lentamente la pijama y la bata y entré en su cuarto. Ella, al contrario, se había cambiado de prisa, ya estaba acostada y había apagado la luz. Me acosté a su lado, le acaricié el cuello y esperé. Ella no se movió. Pero yo estaba decidido. Me acerqué más y la besé largamente en la espalda. Celina me dejó acariciarla sin ningún gesto, como si estuviera en otra parte. Después, de repente, respondió con una violencia que yo, en ese momento, confundí con apasionamiento, para comprender después que era una manera de rechazo y agresión. Encendí un cigarro y pensé acabar de fumarlo antes de irme a mi cuarto, cuando Celina habló como si hubiera preparado desde siempre lo que me iba a decir:

—No sé cómo he podido... De todos modos, será la última vez.

—¿La última vez? ¿Qué te pasa? ¿Por qué dices eso? ¿La última vez de qué?

—Ya no lo puedo soportar. Tú no me quieres. Y además... Pero eso ya no importa. Simplemente me molesta. Tú me molestas. Quiero estar sola. Vete.

Yo me fui a mi cuarto y dormí profundamente hasta cerca de las doce del día. La modorra del alcohol no me dejó pensar mucho rato en lo que me había dicho Celina, ni podía por eso mismo, aunque lo hubiera querido, darle demasiada importancia. Cuando me levanté, ella



había salido. Ese día yo no tenía nada que hacer por la mañana, pero después de bañarme y vestirme, me fui al consultorio. Entonces se me ocurrió que necesitaba un lugar para mí solo, para cuando no quisiera estar en la casa. Pero no hice nada todavía. Casi se me había olvidado lo de Celina o no, más bien me acordaba, pero me parecía que me lo había dicho hacía mucho tiempo y que tan pronto la viera me hablaría normalmente, con la frialdad que ya era de costumbre, pero sin más, como todos los días.

Regresé a casa muy tarde y Celina no estaba. Dejé entreabierta la puerta de mi cuarto, para oírla entrar cuando llegara, pero debo haberme dormido porque no supe a qué hora volvió. Al día siguiente nos encontramos en la mesa para desayunar y Celina me trató como yo lo había imaginado. Eso me tranquilizó. No había pasado nada. ¡Dios mío! ¿Cómo podía conocer tan mal a Celina?

Aquella fiesta sólo fue la primera. Después vinieron otras. Celina daba una cada quince días, cada semana, hasta que llegó a reunir gente en la casa dos o tres veces por semana. No sé si los invitados eran siempre los mismos. Creo que eso era lo de menos. Simplemente, Celina no podía estar sola; necesitaba que el ruido y los amigos la acompañaran todos los días hasta muy tarde y, cuando no había nada en la casa, tenía siempre algo que hacer afuera. Yo, después de las primeras veces, no volví. Fue

entonces cuando busqué este departamento donde podía aislarme y me hice el propósito de tener constantemente compromisos ineludibles, para no presentarme nunca. Cualquiera hubiera dicho que yo me buscaba los motivos para sentir celos de Celina. Es posible. La verdad es que pronto empezó a ser una obsesión el preguntarme si Celina tenía un amante. Yo no la buscaba nunca, porque me parecía estar oyendo sus palabras de aquella noche y ella, las pocas veces que nos veíamos, actuaba como si esa manera extraña de vivir fuera lo más natural del mundo. Me hablaba de cuando en cuando de sus reuniones, de alguno de sus invitados, de lo mucho que se divertía. Siempre por la mañana, a la hora del desayuno. Nunca me preguntaba por qué yo no iba. La posibilidad de que Celina tuviera un amante se fue desvaneciendo. Yo, ocasionalmente, tenía pequeñas aventuras que no duraban mucho. Me acomodaba al cambio en nuestras relaciones y llegué a pensar que, en un momento dado, a todos los matrimonios les sucedía lo mismo, que había que pasar por distintas fases, de cercanía y de separación, y que las cosas durarían así indefinidamente, dándole a nuestro matrimonio cierta estabilidad aunque se basara, paradójicamente, en nuestro alejamiento progresivo. Apenas pensaba ya en mi supuesto parecido con Celina.

Todo esto duró unos meses, no muchos, no sé cuántos. Hasta que un día, sin más, las fiestas se acabaron.

Durante algún tiempo todavía, el teléfono sonó con insistencia. Los más asiduos llamaban a Celina, extrañados de no recibir ninguna invitación. Luego, poco a poco, se fueron aburriendo. Lo sé, porque en ese tiempo yo procuraba pasar ratos largos en la casa, como si esperara que ocurriera algo, aunque esos ratos los pasara solo en mi cuarto y Celina sola, en el suyo. Uno de esos días, cuando dormía la siesta, me despertaron unos ruidos molestos que al principio no pude identificar. Luego comprendí que movían muebles de un lado para otro, que subían y bajaban las escaleras.

Cuando entré en el cuarto de Celina todo estaba en desorden: la ropa por el suelo o sobre las sillas, los zapatos encima de los muebles y éstos, los nuevos, todavía dispersos, lejos de las paredes, sin haber sido colocados en sus lugares previstos. Había muchos más, me dije, de los que podían caber normalmente en aquel cuarto. Hasta yo, que no sé nada de estilos, podía distinguir que eran muebles Imperio. Entonces vi por primera vez a Lydia.

Lydia se movía entre aquel desorden como si fuera capaz de convertirlo inmediatamente en orden, en un orden que adquiriría enseguida el sello definitivo. Esta impresión que me dio entonces, que me ha dado siempre, tiene que ver con la manera que tiene Lydia de andar excepcionalmente derecha, con su uniforme blanco impecable, sus medias color crudo, gruesas, que

le tapan completamente las piernas, sus zapatos de medio corte con tacón militar, su pelo estirado en un moño muy pequeño detrás de la cabeza, pero sobre todo en el gesto dominante, el acento cortante de su español mal pronunciado, sin hacer ningún esfuerzo por hablarlo bien, todo lo cual se desprende de ella como los signos exteriores de una institución incommovible, que está segura de representar. Curiosamente, esa vocación de Lydia por un orden aparente sirvió para apoyar, o quizás aun favorecer la implantación indudable de un elemento de descomposición en el ámbito cada vez más cerrado de Celina.

Cuando Celina me vio, inclinó levemente la cabeza señalando a la criada y me dijo:

—Es Lydia.

Y enseguida completó, como una condescendencia:

—Lydia me cuidó cuando era niña. Se había ido a Jamaica a ver a su familia. Ahora ya no volverá a dejarme. ¿Verdad, Lydia?

La mujer no contestó. Miró a Celina como si fuera su pequeño cachorro y yo, un intruso, se la hubiera arrebatado. Seguramente con ternura, pero también con algo terriblemente posesivo y dominante. Recuerdo cuánto me molestó descubrir que le hablaba de tú a Celina, y lo impotente que me sentí para obligarla a cambiar el tratamiento.

Celina me preguntó si me gustaban sus muebles. Le dije que sí, pero en el fondo sentí que me producían una molestia peculiar, que no hubiera sabido poner en palabras y que entendí mejor algunos días después, cuando volví a entrar allí con el pretexto de buscar un alfiler de corbata que se me había perdido y que, expliqué con torpeza infantil, tenía en la mano cuando el cuarto estaba en el desorden del cambio.

Una gran alfombra negra, con guirnaldas de flores enormes, rosas rojas y follaje verde, con un fleco blanco alrededor, cubría casi todo el suelo. A pesar de que el exquisito *chaise longue* color perla colocado frente a la ventana me hizo pensar en el famoso retrato de *madame Récamier*, y me imaginé a Celina recostada allí, con una túnica y una sonrisa displicente, disfrazada quizá de Paulina Bonaparte, no me dieron ganas de reírme. No exageraría mucho si dijera que casi me dio un escalofrío. Tuve la impresión de contemplar la representación de una pieza mala y sofisticada, pero de todos modos trágica.

La imagen que tengo de ese cuarto es la de aquel día. Como si lo hubiera retratado con una parte de mi memoria donde sólo se guardan algunas cosas, muy especiales, que algún día sin duda necesitaré para algo.

Estoy seguro [de] que los mismos muebles, en otra parte, me habrían producido un efecto muy distinto. No todos eran del mismo color, pero predominaba un

tono miel oscuro. Había escritorio muy sobrio, con las patas altas y delgadas y una sola larga gaveta, estrecha, con jaladeras en forma de coronas de laurel. Había pequeñas consolas recubiertas de mármol blanco, negro y rosa con vetas blancas, con filos dorados y esfinges aladas en las patas, y sillas redondeadas con patas como garras; y la cama, muy semejante al *chaise longue* de la ventana, con un dosel oscuro, del mismo color de las cortinas. La ventana tenía también unos visillos blancos, pero aquel día, y yo creo que siempre, las gruesas cortinas verdes estaban casi cerradas sobre los visillos y la luz del sol, por muy fuerte que estuviera, se convertía en una penumbra verde, que se iba haciendo casi sombría a medida que pasaba el día y caía la tarde.

Tengo la sensación de haber visto un cuarto semejante, amueblado como el cuarto de Celina, pero en otra parte, con una frescura y una claridad que allí no volvió a haber nunca desde que entraron esos muebles. No sé. Seguramente no. Creo que sólo lo vi en la imaginación al mismo tiempo que entré allí, cuando ya todo estaba arreglado, la segunda vez; y me encontré con esa luz peculiar que, como si resumiera todo lo demás, recuerdo con esta fidelidad incómoda, con esta persistencia que me acosa desde entonces, a pesar de mis deseos de olvidarme de todo, de olvidarme de esa luz enfermiza, mortecina, del olor a encierro que muy pronto se mezcló con el

olor de los gatos, de la figura de Celina siempre metida en la cama, como si estuviera enferma, de la limpieza exagerada que hubo allí en un principio y de la suciedad que se fue introduciendo luego, poco a poco, cuando Celina consiguió a base de ruegos e insistencia que Lydia no hiciera la limpieza diariamente, para evitar que el polvo le diera asma, aunque me consta que nunca, en el tiempo que yo la conocí, padeció de ninguna afección semejante. Mis deseos de olvidar, que hasta ahora no he podido satisfacer. Mis deseos de no volver a saber ya nunca, en lo sucesivo, que estaba allí el *paravent* chino, tan absurdo al lado de aquellos muebles, ni los marfiles que desde niña le había regalado su padre, ni las tres conchas con sus perlas adentro, metidas en un bloque de cristal, ni ese enorme cuadro tan estridente, tan fuera de lugar, que parecía salirse de la pared, siempre a punto de caérsele a uno encima, ese cuadro que también había heredado, de las tres mujeres con mantilla, asomadas a un palco en una corrida de toros, de ese pintor que detesto, Romero de Torres.

He vuelto a asomarme a la ventana. Sigue lloviendo. Ya es completamente de noche. Han pasado casi veinticuatro horas. Hace viento. A la altura de las luces de los automóviles, la lluvia es arrastrada por el viento.

Quiero olvidar y, sin embargo, no puedo pensar en otra cosa. Quizá cuando haya acabado de decirlo todo...

Al principio Celina seguía saliendo, aunque siempre con retraso, como por ejemplo quince minutos antes de las seis de la tarde, para ir a alguna tienda, cuando sabía perfectamente que las tiendas cerraban a las seis. Lydia la acompañaba. Después acabó por suspender esas salidas inútiles, que nunca servían al propósito que se les pretendía dar, y se encerró en su cuarto ya sin ningún disimulo. Algunas veces, cada vez menos, una amiga iba a verla por la tarde, cuando Celina empezaba apenas a almorzar, porque se despertaba para desayunar entre las doce y la una, y Lydia entraba entonces con otra bandeja, trayendo alguna merienda para la visitante. Aunque yo estaba una que otra vez en mi cuarto a esa hora, nunca oí de qué hablaba Celina con sus amigas, porque nunca se quedaba ya abierta la puerta del baño que separaba nuestras habitaciones.

No sé cómo consiguió Celina a los gatos. Quizá se le ocurrió a Lydia, o a alguna de las amigas que todavía iban a visitarla. Quizá le trajeron uno, o dos, y luego se aficionó. Puede que entonces haya hecho que Lydia buscara anuncios en los periódicos, o los pusiera solicitando gatos de tales o cuales características. Todo esto lo supongo, pero no lo sé a ciencia cierta. Sólo sé que nunca había tenido animales desde que yo la conocí, ni había mostrado un gusto o una atracción especial por ellos. Y, sin embargo, llegó a tener en su cuarto casi una docena de gatos.

Los gatos eran de angora, abisinios, siameses: grises y blancos y uno solo de color miel, semejante al tono de los muebles, aunque ligeramente más claro. Me doy cuenta de que digo eran como si con eso pudiera borrarlos definitivamente del mundo, como de mi memoria. ¿Pero acaso bastan las palabras?

Vivían en las sillas, en la alfombra, en la cama de Celina. Lydia los sacaba a determinadas horas, varias veces la vi, pero si uno se paraba en la puerta (creo que no volví a entrar nunca allí dentro), tenía que hacer un esfuerzo para no tragarse, con la respiración, el olor inconfundible de los gatos. Y, a pesar de todo, yo no podía dejar de detenerme en la puerta todas las tardes. Era la única hora, del día y de la noche, en que veía a Celina. Le preguntaba cómo se sentía, si necesitaba algo y me iba. Nunca, por supuesto, me pidió ella, ni yo le sugerí, que fuera a verla otro médico, ni jamás la examiné como tal, ni ella lo habría aceptado; ni había para qué, puesto que siempre estuve seguro de que Celina no tenía ninguna enfermedad que yo, ni médico alguno, pudiera curarle.

Celina acabó por comprenderlo. Se encontraba de una manera primitiva, infantil y extraña en los gatos. Se identificaba con ellos. Se dejaba seducir por algo que los gatos catalizaban, volvían perceptible y constantemente presente. Alguien que no hubiera sido yo, que no hu-

biera estado tan comprometido, tan ligado, alguien que hubiera tenido quizás un poco más de imaginación, digamos un espectador que hubiera contemplado todo desde afuera, habría descubierto en la relación de Celina con los gatos algo fantástico y sugerente, algo susceptible de convertirse en la materia de una historia donde prevalecerían el terror y la seducción de esos ambientes oscuros creados por Edgar Allan Poe. Pero yo... ¿qué fueron para mí los gatos? ¿Tuvieron algo que ver, realmente, con todo lo que he pasado? Siento cierta humillación, como si a mi pesar tuviera que aceptar la veracidad de una vieja superstición, de una creencia irracional o inexplicable, de una realidad desconocida.

Y me cuesta trabajo aceptarlo. Tengo que forzarme para volver a pensar en eso que ha estado, sin embargo, tan presente durante tanto tiempo. Lo que me había pasado antes, cuando tuve miedo de que Celina tuviera un amante, lo sentí desde que entró el primero de esos animales en su cuarto. Desde entonces tuve celos. Realmente celos. Tuve celos de los gatos. Antes había sido otra cosa. Quizás, en el fondo, sólo había estado un poco herido. Ahora era distinto. Una ira encerrada y dolorosa me corroía despiadadamente. La verdad es que nunca había sentido algo con tanta realidad y tanta fuerza. Hacía años que estaba viviendo al margen de mí mismo, que miraba con una curiosidad fría lo que pasaba,

como si yo no pudiera intervenir para nada. Y ahora, de repente...

Nunca he hablado de esto con nadie. Con nadie he tenido intimidad. ¿La tuve acaso con Celina? Y si la hubiera tenido con alguien, ¿qué hubiera podido decirle?

Supe, con una certidumbre peculiar por la manera que tenía de imponérseme sin que yo pudiera ni siquiera evadirla, que Celina me era infiel con los gatos. No tenía con ellos una relación física, no es eso lo que quiero decir. Ni siquiera era tierna, ni los acariciaba constantemente como hacen algunas mujeres, sobre todo si son solteras y han dejado de ser jóvenes. Pero tenía con ellos un acercamiento íntimo, secretamente impúdico. Por primera vez en mi vida comprendí que los animales viven un mundo propio que nos está vedado, al que no debemos asomarnos. Y Celina lo compartía. Celina vivía en ese mundo. En eso consistía su infidelidad. Celina abandonó mi mundo para encerrarse en otro que me era ajeno, y al que yo no podía ni quería penetrar. Un mundo que, lo sé, pudo llegar a ejercer una sombría atracción sobre mí y del que me defendí instintivamente, como lo hace uno cuando está en peligro de perecer. Los gatos le transmitían algo y ella los dejaba hacer, se prestaba, les servía de vehículo, se convertía en portadora de una cosa inicua que yo identificaba con el mal, el abismo, la enfermedad y la muerte.

¿Pude haberme equivocado?

He vivido siempre demasiado cerca de las cosas concretas, que se pueden probar, de los procesos donde todo efecto tiene una causa susceptible de determinarse, para dejarme envolver fácilmente por la vaguedad de un sentimiento impreciso y aleatorio. Y, sin embargo, creo en todo esto y, a la vez, no podría probar nada de lo que presentí, de lo que estoy afirmando. No lo pude probar entonces, hace un año. Hubiera podido probar que Celina no estaba realmente enferma. Que no tenía, quiero decir, ninguna enfermedad orgánica y, en consecuencia, que su enclaustramiento era de un carácter morboso e insano. Pude probar también que no es cosa de todos los días que una mujer normal se encierre en un cuarto con doce gatos, rompiendo los contactos con el mundo, el verdadero mundo, el mundo de afuera. Pude probar eso y quizás internarla en un sanatorio, donde el encierro habría sido justificado y aceptado. Pude irme a otra parte, dejar mi clientela, romper los lazos, iniciar una nueva vida. Pude seguir mi vida de siempre, olvidarme de Celina, hacer como si no existiera. Pero no. No pude hacer nada de eso, puesto que no lo hice y lo que hice fue una cosa completamente distinta.

Empecé a mandarle anónimos.

No sé muy bien cómo se me ocurrió. Debo haberlo leído en alguna parte. En una época me gustaron las novelas de misterio y me fascinaba ese mundo improbable

y a la vez rigurosamente lógico donde, en un momento dado, todos los hilos se reúnen y se estructuran los motivos con la infalibilidad de un diagnóstico.

Era una maquinación infantil, algo que al principio traté de quitarme de la cabeza como una idea intrusa, irracional, vana e inoperante. Era además un propósito innoble, que me repugnaba. Algo que no hace la gente respetable y, especialmente, que no hace un hombre. Me lo dije mil veces. Eran recursos de mujer, de mujer celosa. Pero el proyecto me excitaba, era un estímulo que me hacía sentirme vivo, capaz de actuar, decidir, tomar la iniciativa.

Por fin envié el primero de aquellos mensajes, a la vez ingenuos y malévolos, que pronto se convirtieron en una necesidad tan cotidiana como la de comer a horas fijas o dar mi consulta de cinco a ocho. El propósito era hacerle creer a Celina que yo tenía una amante, que yo quería a alguien, a alguien que no era ella. Que no gozaba de ningún dominio sobre mí. Que había fracasado.

Día tras día, por todas partes, me perseguía el cuarto de Celina, su penumbra, el orden de los muebles, el cuadro de las tres mujeres con mantilla, las esfinges monstruosamente pequeñas y sobre todo ese verde, el verde de las cortinas, del dosel de la cama, de las sillas, el verde que dominaba todo el cuarto, que estaba en la luz, en el aire, en el pelo de los gatos, en la piel de Celina.

Hasta que una mañana, cuando dejaba mi automóvil frente al hospital, mientras cerraba el vidrio de la ventanilla y miraba mecánicamente el asiento de al lado para comprobar que no había olvidado nada, una sola imagen desplazó a todas las demás. El cuarto se me borró por completo, como si fuera un truco de película, y sólo vi el cuerpo de Celina, el cuerpo muerto de Celina extendido sobre el asiento, sobre la cama. Cerré la portezuela de un golpe brusco sobre el cuerpo de Celina, para borrarlo también. Pero siguió allí.

Supe entonces que Celina se iba a suicidar. Supe que lo sabía ya, de una manera latente, desde antes. Entendía por qué le estaba mandando los anónimos. Era mi pequeña contribución. Era mi manera, cándida y despiadada, de intervenir desde lejos. Subí de dos en dos los escalones del hospital, muy excitado, como si acabara de dar con la pieza más pequeña, perdediza y a la vez decisiva del rompecabezas, esa pieza que siempre hay, en todos esos juegos, y que es la clave para poder colocar después, rápidamente, las que faltan para formar la figura.

Lo esperé sin ansiedad. No había ninguna duda. No podía ser de otra manera.

No tuve que acostumbrarme a la idea. No había hecho más que salir a la superficie como si, por fin, una semilla soterrada largamente debiera producir una planta impecable y completa.

Entonces empecé a pensar en el cuarto como el lugar donde tendría que ocurrir, como la escenografía escogida por Celina para rodear su muerte. No me explicaba, no me explico aún la presencia de esos muebles clásicos, apolíneos, que representan la lucidez y la transparencia del espíritu, para rodear una ceremonia de oscuridad, ese secreto rito diabólico del suicidio.

Puedo decir que mi vida, desde aquel momento, estuvo pendiente de la muerte de Celina, se alimentó golosamente de ese conocimiento que me bastaba para sentir que lo que me había pasado tomaba finalmente una forma, se cristalizaba alrededor de ese hecho que un día iba a ser inalterable.

Lo demás apenas cambió. Sólo que ya no pude seguir ocupando mi cuarto en la casa de Celina, la habitación separada de la suya sólo por el cuarto de baño. No volví a dormir allí. Pero iba a verla. Sin ninguna regularidad; al azar, cualquier día, con el vago temor, o deseo, o sentimiento, de ser recibido por Lydia, o por el criado de filipina que siempre me salía al encuentro, esa vez con una expresión desarreglada en el rostro, sin saber cómo decirme que la señora, no se sabía cómo, un momento antes...

Nunca imaginé que iba a ser yo mismo, que la casa estaría tan oscuramente silenciosa, tan lejana como si nunca hubiera existido del todo, que subiría las escaleras sin encender ninguna luz, para abrir la puerta de

su cuarto pensando encontrarla dormida y tropezar con ese resplandor enrojecido por la pantalla rosa de su mesa de noche, que la colcha la taparía hasta el cuello, menos los brazos, menos los brazos desnudos sobre la colcha, sobre la sábana, menos los brazos arañados por los gatos, quizás en un intento de despertarla, de obligarla a acariciarlos, que me iría aproximando para verla más de cerca, por primera vez en tanto tiempo, ya incapaz de tocarla, que sentiría esa ternura extraña y esas ganas de abrazarla, que iba a descolgar mecánicamente el teléfono para llamar a la policía y a sentarme en el *chaise longue*, precisamente allí, a esperarlos. Que les mostraría el frasco vacío, y los arañazos de los gatos y les daría mi dirección, esta dirección, poniéndome a sus órdenes, para todo lo que fuera necesario, y la dejaría allí, sola, con ellos.

Nunca imaginé que sería anoche. Ni que hoy, después de anoche, necesitaría de tantas palabras.

¿Podría decir yo, podría decir alguien que fui yo el que mató a Celina?

No estuve allí anoche, antes, quiero decir. No la toqué. No la vi hasta que estuvo muerta. Si yo dijera que la maté, nadie me creería. Ellos no me creerían nunca. Ellos, los que estuvieron allí anoche después que yo, los que quizás hayan vuelto ahora, o quizá no vuelvan más, los que no han considerado necesario llamarme, en todo



el día, ni preguntarme ninguna otra cosa, ni tomarme en cuenta. Los policías. Ni los demás. Nadie me creerá. Me gustaría estar seguro de que no pueden creerme, porque es la verdad y la verdad es siempre demasiado fácil y demasiado simple para ser creída. Pero ¿acaso es la verdad? ¿No es que yo necesito creerlo, engañarme, pensar que fui yo quien destruí a Celina, pensar que por lo menos precipité las cosas, tuve algo que ver, algo, porque si no, esa muerte de Celina sería como si ella me hubiera destruido a mí?

Ahora no me queda nada que hacer, sino esperar. Aunque no sabría decir qué es lo que puedo esperar. Algún día iré a la casa y sacaré esos muebles del cuarto de Celina. Pero eso no importa. Ya no importa. ¡No volver a verla! ¿Cómo soportarlo?

Y ahora, después de tantas palabras inútiles, tendré que dejar que ardan un rato, hasta volverse cenizas. Porque si algo ha de conservarse, ese algo debe quedar entre nosotros. Entre Celina y yo. Y los gatos. Esos gatos que vinieron a traer el desorden, o que lo sacaron a la superficie, porque tengo que reconocer que no introdujeron nada nuevo, nada que no estuviera ya, secreto y larvado, en la naturaleza de Celina.

Había una fascinación entre Celina y ellos. Me parece que ya lo he dicho antes: Celina no hizo más que

descubrir en esas criaturas, inocentes y perversas, algo de sí misma que le seducía y no dejaba de tentarla. No hizo más que rodearse de espejos. Pero todo lo que he dicho debe arder y consumirse. Todo esto que, lo reconozco, no deja de emanar cierta belleza: una belleza inclemente, que prefiero entregar a la inclemencia del olvido.

## NOTICIA DEL TEXTO

Con el título “Los gatos”, y acompañada de los trazos del caricaturista e ilustrador Saul Steinberg, la presente novela corta de Julieta Campos apareció por primera vez entre las páginas de la *Revista de la Universidad de México* en octubre de 1967 (vol. XXII, núm. 2, pp. I-VIII).

En 1968, el texto recibió el título *Celina y los gatos* y fue incluido en el volumen del mismo nombre (México, Siglo XXI). La traducción al inglés, para la *Latin American Literary Review Press*, de Pittsburgh, estuvo a cargo de Leland H. Chambers (1995).

La tercera edición del texto en castellano corrió a cargo del Fondo de Cultura Económica (1997): *Reunión de familia* incluyó la obra señalada, además de *Muerte por agua*, *Tiene los cabellos rojizos y se llama Sabina*, *El miedo de perder a Eurídice* y *Jardín de invierno*. De acuerdo con la autora, algunos de estos textos fueron revisados y modificados, tal es el caso de la historia mencionada, en la cual se realizaron ligeras variaciones. Novelas en la Frontera ha tomado como texto base esta última edición autorizada por Campos.

JULIETA CAMPOS  
TRAZO BIOGRÁFICO

Novelista, cuentista, ensayista, traductora, dramaturga y cronista de viaje, Julieta Campos de la Torre nació en La Habana, Cuba, el 8 de mayo de 1932. Hija del andaluz Aurelio Campos Morilla y de la cubana María Teresa de la Torre Díaz, en 1948 ingresó a la Universidad de La Habana donde estudió Letras. Gracias a una beca otorgada por la Alianza Francesa, cursó un diplomado en Literatura Francesa Contemporánea en La Sorbona (1953). Habitó, en compañía de Margo Glantz, Salvador Elizondo, Manuel Felguérez y Jorge Portilla, entre otros, en la Casa de México de Ciudad Universitaria de París. Ahí conoció a Enrique González Pedrero (1930-2021), futuro director de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (1977-1982), gobernador del estado de Tabasco (1983-1987) y director del Fondo de Cultura Económica (1989), con quien contrajo nupcias. Tras concluir su diplomado, viajó a la Ciudad de México y, en 1954, regresó a su tierra natal para doctorarse en Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana en 1955, año en que regresó a la capital mexicana y dio a luz a

Emiliano González Campos (1955-2021), poeta, narrador y ensayista.

En 1965 dio a conocer la colección de ensayos *La imagen en el espejo* (México, UNAM), y la novela *Muerte por agua* (México, FCE); más tarde publicó *Celina o los gatos* (México, Siglo XXI, 1968), y los ensayos *Oficio de leer* (México, FCE, 1971) y *Función de la novela* (México, Joaquín Mortiz, 1973).

La novela *Tiene los cabellos rojizos y se llama Sabina* (México, Joaquín Mortiz) le mereció el Premio Xavier Villaurrutia en 1974. *El miedo de perder a Eurídice* (México, Joaquín Mortiz, 1979) y *La fuerza del destino* (México, Alfaguara, 2004) constituyen sus últimos trabajos novelísticos.

Campos fue miembro del consejo de redacción de la revista *Vuelta* (1977); se convirtió en la primera presidenta del PEN Club de México, desde 1978 hasta 1982, año en que publicó el ensayo *La herencia obstinada* (México, FCE). También impartió cursos de literatura en la Facultad de Filosofía y Letras y en la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán (UNAM); dirigió la *Revista de la Universidad de México* (mayo de 1981-enero de 1985); y, durante la gubernatura de su esposo (1983-1987), se desempeñó como promotora del Laboratorio de Teatro Campesino e Indígena de Tabasco.

1988 significó un año de intensa actividad editorial para la autora, pues publicó los ensayos *Un heroísmo se-*

*creto* (México, Vuelta), *Bajo el signo de Ix Bolon* (México, FCE/Gobierno del Estado de Tabasco), *El lujo del sol* (México, FCE/Gobierno del Estado de Tabasco); la obra de teatro *Jardín de invierno* (México, Ediciones del Equilibrista); además, incursionó en la escritura para niños y jóvenes con *Historia de un niño que era dueño de una islita que era dueña de un niño* (México, Secretaría de Educación Pública/Gobierno del Estado de Tabasco).

Retomó su veta ensayística con *¿Qué hacemos con los pobres? La reiterada querrela por la nación* (México, Aguilar, 1995) y *Tabasco: un jaguar despertado. Alternativas para la pobreza* (México, Aguilar, 1996). Al año siguiente, recopiló su obra narrativa en *Reunión de familia*, la cual incluyó *Muerte por agua*, *Celina o los gatos*, *Tiene los cabellos rojizos y se llama Sabina*, *El miedo de perder a Eurídice* y *Jardín de invierno* (México, FCE, 1997).

De 2000 a 2006, se desempeñó como secretaria de Turismo del gobierno del Distrito Federal. Por esa época, el Fondo de Cultura Económica se dio a la tarea de publicar la colección de sus ensayos: *Obras reunidas I. Razones y pasiones. Ensayos escogidos 1* (2005) y *Obras reunidas II. Razones y pasiones. Ensayos escogidos 2* (2006).

La mañana del 5 de septiembre de 2007, Julieta Campos falleció en la Ciudad de México a causa de un cáncer de pulmón. Alfaguara publicó los *Cuadernos de viaje* (México, 2008), obra póstuma de nuestra autora.

# NOVELAS en la FRONTERA

**Gustavo Jiménez Aguirre**, director

## CONSEJO ASESOR

**Sarah Aponte**, The City College of New York

**Maricruz Castro Ricalde**, Tecnológico de Monterrey, Toluca

**José Ricardo Chaves**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Adrián Curiel Rivera**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Verónica Hernández Landa V.**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Dante Liano**, Università Cattolica del Sacro Cuore

**Consuelo Meza Márquez**, Universidad Autónoma de Aguascalientes

**Begoña Pulido Herráez**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Cira Romero**, Academia Cubana de la Lengua

**Rubén Ruiz Guerra**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Margaret Elisabeth Shrimpton Masson**, Universidad Autónoma de Yucatán

**Arturo Taracena**, Universidad Nacional Autónoma de México

## COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

**Laura Aguila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez**

**Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo**

**Jiménez Aguirre • Elif Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros**

## DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

**Andrea Jiménez**

## PORTADA

**Gonzalo Fontano**

## SERVICIO SOCIAL

**Alan Cabrera**



*Celina o los gatos* se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 29 de agosto de 2023. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de LAURA AGUILA RIVERA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR y GABRIEL M. ENRÍQUEZ HERNÁNDEZ.